

V. Blasco Ibáñez  
*El ocaso de los dioses*  
(*El Imparcial* [México], 17-5-1909)

El pasado domingo notábase en Madrid algo extraordinario.

Las amplias avenidas del Retiro y la Castellana, por donde circulan todas las tardes largas filas de lujosos carruajes, estaban desiertas. Parecía como que un grave peligro social, un amago de revolución, había recluso en sus casas a los ricos. Todo el movimiento de la ciudad estaba concentrado en la calle del Arenal, llena de carruajes obligados a marchar al paso con dirección a la plaza de Oriente.

¿Iban al palacio de los reyes? No: se detenían antes de llegar a él, formando en los alrededores de un teatro ruidosa y pintoresca confusión de vehículos, por entre los cuales pasaban apresuradamente los transeúntes, como si temieran llegar tarde.

¡El Teatro Real abriendo sus puertas a las dos, la hora en que Madrid, habitualmente, se sienta a la mesa, para almorzar!... Bajaban rastreantes y perfumadas las colas de los vestidos, del interior de autos y landós; piafaban los caballos; mugían los motores; un río de brillantes sombreros de copa deslizábase sobre las arcadas del teatro, arrastrando en sus remolinos otros de inmensas alas y enhiestas plumas; gritaban los vendedores de libretos y en todos los labios sonaba el mismo nombre: «¡Wagner! ¡Wagner!».

Sobre el cartel anunciador, en letras enormes y rojas como relámpagos, flameaba un título: *El ocaso de los dioses*.

Madrid tiene, desde hace algunos años, una nueva religión; religión de misterio, con fieros adeptos, místicos ritos y entusiásticas iniciaciones. Es el wagnerismo.

Cuando en el Real se canta una obra de Wagner, las galerías altas se llenan hasta la asfixia, de un público que no aparece en las otras noches. Son muchachas melómanas que se sientan, con la madre dormitante a un lado y la partitura al otro; jóvenes melenudos que escuchan con los ojos en blanco, moviendo al mismo tiempo la cabeza; señores feroces y malhumorados que expresan su entusiasmo, en los mejores pasajes, mirando en torno con aire inquisitorial, como queriendo decir: «A ver quién es el imbécil que protesta, y le rebano el pescuezo, en nombre del gran arte».

El público de abajo, elegante y asiduo, que llena palcos y butacas, sonríe con manso gesto de conejo, y aplaude a Wagner, como aplaude las modas que le molestan y las diversiones que le arruinan. Sabe que el wagnerismo «se lleva» mucho en Europa, desde hace algunos años, y finge entusiasmo por no parecer ignorante. ¡Pero el corazón quisiera no verle!... Sus gustos espontáneos e íntimos van hacia la despeinada *Lucía* y sus llantos de canario desolado hacia la

*Sonámbula* y *Norma*. Además, las óperas antiguas no imponen un religioso silencio, y permiten charlar casi a gritos en el palco, lo mismo que en un salón de té.

Pero este público elegante y frívolo teme a la fiera de las alturas, al águila melómana que al menor murmullo o desatención cae sobre él con crueles aletazos de protesta, y calla, se resigna, y también pone los ojos en blanco y mueve la cabeza, admirando a Wagner,

¡Poder del genio! ¡Arrolladora autoridad de la música! Orfeo, un Wagner prehistórico, amansaba a las fieras y se abría paso con su lira entre las furias y larvas del Averno. El gran maestro alemán obligó a callar a las damas de Madrid, que son en extremo parlanchinas, y hace que los nobles caballeros se busquen en un rincón de los pasillos, como conspiradores, para murmurar quedamente al oído con el temblor del que arriesga su cabeza: «Compañero, ¡qué lata!»...

El entusiasmo wagneriano inspira miedo. Yo tengo un amigo, joven escritor, serio y laborioso, que es capaz de faltar a todos sus deberes por la defensa del ídolo. A lo mejor abandona su trabajo o deja de acudir a una cita, sin motivo justificado.

—No: esta noche me es imposible ver a usted. Tengo un quehacer urgente. —Y luego añade con misterio— Me esperan en el paraíso del Real. Cantan el *Sigfrido* y hay que vigilar a los imbéciles rosinianos, por si protestan.

Inútil es decir que los tales rosinianos no existen más que en su magín, y que rosiniano es todo aquel que durante la representación de una obra de Wagner tiene la inmensa desgracia de estornudar o toser, de que se le caiga el bastón, o se atreve a moverse un poco, encontrando duro el asiento.

Una explosión de gritos y apóstrofes sigue a tales irreverencias.

—¡Imbécil! ¡Ladrón!... ¡Que le den pastillas para la garganta! ¿A la calle!... A la cárcel!

Y el terrible reo (muchas veces un tranquilo burgués que va al teatro por equivocación, por ver de cerca qué es eso de Wagner), se encoge y se disimula, haciendo votos por que la tierra se lo trague.

El entusiasmo de la bestia humana, despótica y absorbente, se manifiesta con iguales formas, por nobles que sean las aficiones. Este público de intelectuales, de artistas y aprendices de artistas, de futuros escritores, escultores, pintores y músicos, se expresa en su irritación poco más o menos como el público de la plaza de toros, de las carreras de caballos, de las peleas de gallos, y de los luchadores y boxeadores.

Cuando el Real no está abierto, un gran número de entusiastas se reúne tarde y noche en un café inmediato al teatro, el Nuevo Levante, conocido por antonomasia como «el café de la buena música».

La «buena música» consiste en un piano y un violín, nada más; pero los dos profesores son dos jóvenes devotos del Dios, del Inconmensurable, del

Único, y la potencia imaginativa de los fieles pone lo que falta en la escasa instrumentación. Las mismas melenas y románticos chambergos en los divanes; iguales siseos para imponer silencio; idénticos gestos y actitudes que en el paraíso del Real.

—¡La marcha fúnebre! —gritan varias voces—. ¡El entierro de Sigfrido! ¡Chist!, ¡xhist! ¡Silencio!

El dueño, que está detrás del mostrador arreglando platillos de azúcar, queda inmóvil, con una mano en alto, en el momento que suena el primer acorde; los camareros que salen de la cocina, clavan sus pies en el suelo y quedan rígidos, con la mirada estúpida y las bandejas apoyadas en el vientre; el vendedor de periódicos y fósforos que circula entre las mesas, permanece como una estatua allí donde le sorprende la música. A través de las vidrieras y cortinas llegan lejanos y sordos los ruidos de la calle, como pueden llegar los rumores del mundo al sonoro vacío de una tumba. Parece que por arte mágico se ha suspendido el curso del tiempo y paralizado la vida. Allí no hay más seres vivientes que los dos músicos que se agitan como prolongaciones humanas del violín y el piano.

La peor desgracia que puede ocurrirle en tal momento a un hombre que pase por la calle, es sentir la necesidad de tomar algo, abrir la cancela y penetrar en el café pisando fuerte, con la tranquilidad de la ignorancia.

Miradas furiosas, gestos de desafío, insultos en voz baja, puños que se crispan. Algunos sordamente, en su reconcentrada cólera, llegan a faltar al respeto a la señora madre del recién llegado, y a dudar de la legalidad matrimonial con que fue concebido.

Como yo soy de la secta, puedo reírme libremente de estos excesos de mis dignos correligionarios en entusiasmo.

Yo también he dividido la humanidad en dos castas: wagneristas y antiwagneristas; y la historia del mundo en dos periodos: antes de Wagner y después.

En la época feliz de mi fervor (¡ay!, hace veinte años), ser wagnerista significaba ser guerrero, pues obligaba a dar y recibir puñetazos.

Era en París, cuando yo estaba emigrado por republicano, y paseaba mis melenas y mis veinte años por el barrio Latino, orgulloso de un ancho pantalón a cuadros, una chalina suelta y un sombrero de copa alta y alas planas, lo mismo que personajes de *La vida bohemia*.

Los franceses no querían aceptar a Wagner: la política se mezclaba con el arte. Una representación única de *Lohengrin* provocó tumultos y cargas de caballería. Lamoreux, director de los conciertos que aún llevan su nombre y gran entusiasta de Wagner, no quiso cejar en su propaganda musical, y organizó en un circo de los Campos Elíseos unas sesiones vespertinas en las que se cantaron todas las óperas del maestro, absolutamente todas; pero sin

escenario, sin decoraciones, estando revueltos en el tablado músicos y cantantes y vistiendo estos el prosaico traje de nuestros días.

A la entrada había que arrostrar los insultos de la «Liga de patriotas» y batirse muchas veces, pues todos les parecíamos «sucios alemanes». En las galerías altas éramos poca gente... ¡pero de qué aspecto tan extraño y extraordinario! Muchachas con el pelo cortado y gorro de astracán; damas totalmente exesuales, cuyas faldas parecían colgadas de una percha; hombres misteriosos, de faz cadavérica, como personajes de un cuento de Hoffman; fumadores de opio; formomaníacos. Muchos nos despojábamos del gabán, nos enrollábamos como una almohada y, apoyando la cabeza, acabábamos por tendernos, con los ojos cerrados, como un oriental en meditación. Cuanto más bizarra resultaba la postura, mayor era el testimonio de adoración a nuestro dios.

Abajo, entre el susurro poético de la orquesta, elevábase una voz de mujer, vibrante, ardorosa, pero con ligeras resquebrajaduras y escapes, obra de los años.

Era la Materna, una mujer morenота, gorda y arrogante en su extremada madurez; una cantante húngara que había sido íntima amiga del maestro, en sus últimos tiempos; de lo más íntima, y que hacía un título de nobleza de esta intimidad.

¡Una amiga de Wagner! ¡Una que lo había conocido!... Su voz decadente era para nosotros trompeta de gloria. Si nos hubieran dejado bajar, de seguro que nos arrodillamos ante la gorda señora de negros ojos, sumidos en grasa, para besarle el borde de las faldas.

Pasado el primer entusiasmo del neófito, para el cual jamás existen defectos ni flojedades, es como mejor se aprecia la obra de Wagner.

Yo adoro al gran artista semidivino; pero mi adoración no es ciega y distingue ciertos defectos que son lo primero que hiere el oído de los infieles.

Wagner es un genio, y los genios casi siempre, en su grandiosidad, carecen del sentimiento de la medida. Ocurre con Wagner lo que con Victor Hugo. Entre sus luminosas y sobrehumanas bellezas existen anchas lagunas de obscuridad y confusión. Como diría un madrileño, en su lenguaje típico, «se duermen en la suerte» muchas veces.

Estos genios, después de mantenernos, durante unos minutos, en la cima de sublimidad, nos agarran de una mano, arrastrándonos a las entrañas de la tierra. Vamos por lóbregas y tortuosas galerías, completamente a ciegas. Ellos conocen el camino y marchan sin vacilar; pero nosotros les seguimos aburridos, desorientados, dándonos golpes en la sombra, fatigándonos de una caminata cuyo norte desconocemos; hasta que de pronto se rasgan las tinieblas, nos envuelve una explosión de luz, y otra vez nos vemos en lo alto, en el Olimpo de los grandes inspiradores, adonde solo ellos pueden hacernos ascender, viendo a nuestros pies todo lo humano.

Estas obscuridades tortuosas, esas monotonías que nos parecen interminables, bien pueden perdonarse a cambio de lo otro. Tal vez con un elemento indispensable en la obra del genio, como lo es el negro, antipático y lúgubre, en algunas obras maestras de la pintura.

Wagner es único, y se comprende que haya acabado por triunfar del mundo entero. *El ocaso de los dioses* ha preocupado a Madrid, durante una semana, revistiendo los caracteres de un suceso popular. Yo, que había oído la obra en Múnich, no me he extrañado de tal éxito. De todas las obras de Wagner esta es la más poderosa. Hasta los mayores enemigos de su música se han rendido otra vez.

Wagner es algo más que un músico: por esto no tiene predecesores y es posible que no tenga verdaderos continuadores. Todos los músicos enamorados de él, que intentan imitarlo, fracasan irremisiblemente.

Wagner es, ante todo, un poeta: un poeta que componía música. Y esto es lo que lo coloca aparte de todos, lo que crea esa relación entre el poema escénico y la orquesta que ninguno podrá continuar.

La obra wagneriana, exuberante de poesía e idealismo, es un mentís desconcertante para ciertas ideas que todos hemos creído y repetido. La rutina ha encasillado las razas y los pueblos, aprisionándolos en el círculo de determinadas facultades.

Ya es sabido: los pueblos meridionales tenemos el patrimonio de la imaginación: somos soñadores; los pueblos del norte poseen la razón fría y positiva: son prácticos.

Y surge Wagner, un alemán, y la poesía se corona de rosas para celebrar el natalicio de uno de sus hijos más grandes; y en el bosque del arte, el caballero Primavera, joven guerrero, con armadura de flores, da caza al jabalí invernal del clasicismo y la rutina.

No: para el arte no hay razas, no hay fronteras, no hay siquiera geografía. La belleza es de todos y para todos.

Madrid, 16 marzo 1909.